

José Navarrete Ochoa (Seminarista)

Muchas veces, cuando estoy solo en la oración o en alguna tarea, me cuestiono sobre mi vida, sobre aquello que me da sentido aquí en el mundo que vivimos, rodeado de una comunidad, una familia, rodeado por el ruido de lo superfluo, de lo inmediato, de las redes sociales que a veces me ciegan sin darle importancia a quienes tengo más cercanos, sin olvidar también la pregunta que muchas veces lanzo “¿Señor qué quieres de mí ahora?” y que me hace estar a menudo en una especie de nube, que por darle algún nombre puedo llamarle “incertidumbre”. Esta es la realidad que me hace sentir que hay en mi corazón un anhelo de “estar más con Él”, sí, de tener más tiempo para Dios.

Cuando la Delegación de Juventud propuso el retiro de Cuaresma recuerdo que tenía mucha ilusión en aprovechar esos dos días. Estaba seguro que Dios tendría algo preparado para mí, que su voz de nuevo me iba a dejar sorprender, Él estaba preparado, yo no sé si lo estaba tanto. Pienso que el lema de este retiro, “Escucha la voz de Dios”, me ha ayudado mucho para comprender que sólo es necesaria una cosa: ser humilde ante Dios, ante los demás y ante uno mismo. Puedo decir que en estos días Dios me ha transmitido esto. Y lo hacía a su modo, porque sabe bien qué es lo que nos conviene a cada uno en su momento personal. Y os preguntaréis ¿cómo te has dado cuenta?

La figura del apóstol Pedro en aquel pasaje que meditábamos del evangelio de Mateo (14, 24-33) donde una tormenta le provoca junto el sentimiento de miedo, de turbación y de un sin sentido ha sido para mí muy iluminador. Es difícil reconocer que tú solo, con tus propias fuerzas no puedes con todo, y una vez más Jesús me decía continuamente al corazón que es su gracia la que nos salva, nada más. Ésta fue la primera llamada a la humildad: no ocupar el lugar que a Él le corresponde.

Sentir la sequedad y el vacío de Dios. Es como Dios en estos días también me ha hecho ver la virtud de la humildad. Con la ayuda de Santa Teresa de Jesús que leía en momentos puntuales me di cuenta que tras toda una tarde de desgana, apatía e incluso tristeza Jesús me enseñaba que los momentos de desierto eran las oportunidades para estar más identificado con él, sentir su soledad y abandono para después comprender y vivir su compañía y decir Sí. Reconocer que no todo es como yo quiero, sino que esos momentos me ayudan a conocerme más, a estar más cerca de Él es vivir también con humildad los pasos de Jesús.

Son solo alguna de las experiencias que más me han fortalecido. Todos los jóvenes que hemos estado compartiendo estos días hemos puesto nuestra alegría y esfuerzos en estar más tiempo con Dios, en abrir los oídos del corazón y escuchar su voz. “*Lámpara es tu palabra para mis pasos*”, luz es la Palabra del Señor para mi vida, alimento para seguir el camino y descubrir cada día, en cada pequeño paso que doy, la voluntad de Aquel que me quiere sin fronteras. Ahora es momento de vivir lo aprendido, de dar forma al mensaje que Dios nos ha transmitido a cada uno y sobre todo, es momento de dar testimonio a los demás con la alegría y esperanza de sentirnos unidos a Jesús.